Dario Falopa

daniel bernardo grimberg

Image not found.

Capítulo 1

Dario Falopa (por Daniel Bernardo Grimberg)

Nunca entendimos las alternancias salvajes de Darío Falopa. El análisis de sus peripecias era sugestivo, pero al final no nos revelaba nada. Nos anunciaba el Secreto, y daba sus medicinas a los iniciados, la que era necesaria para que no los persiguiera la época o no se conviertan en una turba… porque merecían ver lo que había de bueno dentro de la ciudad que incluía al río en cuyas orillas se plantaba a magníficas rosas. Notábamos que había enormes diferencias entre el cielo y las movedizas copas de los árboles, entre el sonido de las monedas que caían y el repiqueteo de las campanas. Oíamos lo que disgregaba por la fuerza el viento y lo que acababa de voltearse. Los objetos nos indicaban que no andábamos por neutrales territorios.

Viviana y yo no habíamos firmado un contrato matrimonial, pero eso no hacia diferencias en nuestras costumbres apasionadas. Y la presencia de Darío Falopa era una buena ocasión para brindarnos la extenuante condición del elogio. Gracias a él habíamos aprendido a romper malogrados hábitos con la intención de alcanzar una libertad iridiscente (aunque por eso algunas personas nos dispensarían una condena amoral). Ese era el tiempo para aprender a leer y escribir, y no para hacer trabajos forzados. Falopa exacerbó nuestras conciencias, y nosotros le dábamos la razón cuando nos decía, sin reservas, que el mundo era de uno. Lo que teníamos que hacer, era pagarle y aguardar en la entrada de la ciudadela de los sueños. Pronto, ese hombre se fusionó con la dinámica de lo que pensábamos porque ya no estábamos sometidos a los fastidios, sino a mágicos y licenciosos resurgimientos.

Cuándo aparecía, Darío Falopa se ubicaba entre lo flotante y lo siniestro; su argumento era que su accionar obedecía al instinto y no a razonamientos coyunturales. Era el sobrino de un gerente de banco, y sus lucrativas ideas lo llevaron a ejercer desahogados comercios. Y nos constaba que se mantenía vigilante, y a la vez cometía toda clase de exabruptos y desmesuras. Por entonces era nuestro ídolo: un loco que en sus acuarelas pintaba miniaturas mágicas. Afirmaba que resolveríamos las cosas antes que el Secreto fuera consumido por la Intrascendencia. Y algo de perplejidad subsistió en nuestras mentes después de escuchar a sus primorosas tesituras. Nos mostró el dorso de su mano… era un milagro la cantidad de anillos que se ponía. Nos explicó que debíamos contribuir a su

bienestar porque él nos brindaba torrentes de placer, y debido a su benigna interposición nos reconciliaríamos con muestras almas. Falopa fue la raíz de nuestras alegrías y la cura de nuestros dolores. Sus reclamos apuntaban a la creación del mito en cuya proyección se arremolinaban imágenes sutiles. Y predecía el auge de los sentidos después de hacer una simple exploración ocular. No había adusteces en su metodología, y ordenaba que, por ser jóvenes despreocupados y furibundos, encendiéramos con risas aquello que veíamos, además de cantar. Nos consignaba a la música, el tambor, el violín, la guitarra, con la finalidad de dar algunos exactos pasitos de baile. Efectivamente, el proceso de hacer fluir lo ilusorio se hizo crucial en nuestras vidas. Una pitada reponía a la otra durante indagaciones que nos mantenían despabilados. Y cualquier objeto que abordábamos con nuestros ojos, adquiría retóricas persuasivas. Era magnifico lo que nos decía, aunque por momentos estuviera algo triste… con sus aullidos nos creaba estremecimientos súbitos, y sus risotadas eran oídas dentro de distancias palpables.

Falopa nos entregaba nuevas memorias e identidad, al abolir lo anterior que había sido una mentira, pero lo habíamos estimado sagrado. No teníamos apuros, ni inoportunas obligaciones teñían de negro a nuestras madrugadas. El nuestro era un programa empírico con el que no permanecíamos callados, por el contrario, nos interrogamos por qué nunca habíamos sido formados con una concisión marmórea. Éramos tan conscientes de nuestras imperfecciones que nos dábamos permanentes cumplidos para subsanarlas. Falopa nos inculcó la idea que estábamos en una situación histórica particular o en alguna de sus ramificaciones y variantes. Por entonces ya no existía lo “racional” o “verdadero”, sino especulaciones que corrían por carriles similares. Nos metíamos en torbellinos que no se correspondían con los contextos anteriores, y estaban bien lejos de lo aciago. Decidimos tener la razón en un día 18, y lo declarábamos a viva voz con la advertencia que nuestra fortuna no nació de la adversidad.

Con Viviana me había querido casar, cuando subí con una escalera al árbol, y pedirle a un casual ruiseñor que oficie de ministro. Fue un tanto triste la actuación de ese pajarito, que me trató con desprecio y se largó a otra rama (para él ese era un espacio inmenso en el que no tenía sentido anclarse en territoriales disputas). A pesar de no pertenecer al género humano, su obrar fortaleció nuestra vida en pareja, ya que nos enseñó que éramos unos imbéciles porque no sabíamos volar.

Darío Falopa nos sembró confusiones debido a que era natural en él hacer tal cosa Su capacidad consistía en no dejar huellas que delatasen a la sinrazón. Quería dinero y hacer esplendidas cuentas; de hecho; se refugiaba en inconmensurables matemáticas. Disertaba con un alboroto que carecía de lógicas, pero en cambio reunía una trasparencia monumental. Temía convertirse en un caballero (de por sí, le costaba mucho llegar a ser decente). Trasmitía máximas universales, pero en la

tensión con que apretaba su frente se veía que pasaba por situaciones penosas. Si alguien se burlaba de él, o se atrevía a hacer una modulación irónica de sus virtudes, durante un acceso de furia se vengaría de los insultos menores y haría estallar la cabeza del idiota en un baldío.

Fueron catorce años de forzados encierros con Darío Falopa, en los que con Viviana nos sentábamos en el suelo, y atónitos o de buena gana jugábamos a los naipes. Perdíamos y ganábamos dinero sin mostrar pasión ni desagrado. Él la contemplaba como si fuera un objeto de la sala, y cuando se obsesionaba, aludía con groserías a su cuerpo. Después hacia comentarios de malos hábitos, sueños y negativas rachas, pero admitía que los tres éramos fuertes, autosuficientes, y primitivos en el mejor sentido del vocablo. Repartíamos las horas entre lo sublime, y lo que, si queríamos, obtendría una gran repercusión, sin embargo, dependíamos de la presencia de Darío Falopa: sin él no edificaríamos castillos en el aire, ni contaríamos con puentes levadizos para superar los fosos. Dábamos a la vida una orientación intempestiva y pasional, y no nos interesaban aquellas cosas ajenas a las juergas que consistían en decirnos palabras injuriosas junto a domésticos encomios. El mundo era lo que elegiríamos que fuera de acuerdo a nuestros prioritarios vítores. Y si teníamos que enfrentarnos en forma gratuita, el jardín del vecino era nuestro principal campo de batalla. Vivíamos con un estilo hibrido, mezclando la ficción con los salvajes acechos de la realidad (la primera tenía el don de rebajar a la segunda o bien de ennoblecerla). La articulación más crítica era cuando nos graduábamos de animales a humanos según se nos daba la gana. También cerrábamos los ojos, y viajábamos a países lejanos, o éramos perseguidos por rencorosas nostalgias. El liderazgo de Falopa era belicoso, y al ser sus aplicados seguidores pertenecíamos sin prejuicios a su Comunidad. Confirmábamos nuestras semejanzas con las langostas o al menos al paisaje en que estas habitaban; a veces reíamos a carcajadas, y Viviana y yo creíamos que estábamos a punto de explotar. Era fantástico como sentíamos la calidad sistemática de nuestra respiración mientras nuestros cuerpos crepitaban al unísono. Nos encauzábamos por direcciones amorosas sintiendo que nunca nos afianzaríamos en la maldición. Lo que Darío Falopa nos pedía, sonaba en nuestros oídos con fuerza, y después, con ridícula emoción, lo ejecutábamos (creíamos que ese hombre reunía propiedades infinitas e inefables). Los actos nos acercaban a los últimos ciclos… ante esa verdad no oponíamos las vanidosas pasiones que provienen del intelecto. Leíamos exultantes al magnífico dogma: el plan de Falopa se situaba a la par de aquel diseñado por las incontables y vehementes hormigas del jardín (estas se representaban como caóticos ídolos a multitudes que anhelaban reproducir sus secretas aventuras).

Falopa no era académico, pero tenía una rara disciplina de clarividente que no se encuentra a menudo; no se inclinaba frente a las perplejidades, ni se ponía de cuclillas para resolver enigmáticos problemas mediante severas consultas a una despiadada divinidad. No hacía exhibicionismos,

ni se compadecía de los otros, ya que era codicioso, devoto, y triste (si uno se guiaba por las progresiones de sus actos). Gracias a su intermediación poseíamos el invariable deleite de reventarnos la cabeza, de aturdirnos con sus tramas anecdóticas cuyo esquema no guardaba a las medidas usuales. Nuestras creencias se arraigaban en la vertiginosa e ineludible destrucción de lo que fallaba, es decir, de lo que había sido engrandecido por las corrientes atávicas de las Instituciones. Nuestras palabras pecaban de ingenuas, pero no eran contradictorias, sino que hacían mención a las doctrinas de los que se ahorcaban en sus habitaciones o en higiénicos baños. En Darío Falopa habíamos encontrado al origen y la perspectiva final, aunque según las artificiosas acusaciones de los ingratos, este fuera un sujeto iracundo y sediento de venganzas. Para nosotros, el estándar que fijó fue un cuento de hadas, pero una gran barbarie latía bajo su fachada de dulzura y en nuestras más profundas emociones. Porque sus ejes cruciales tendían a producir graves desequilibrios, que cuando se exacerbaban, nos hacían temblar y murmurar irreconocibles sentencias, y lo que nunca antes había tenido una suficiente probidad quedaba como algo remarcablemente colindante con las supersticiones. Pronto supimos que en los tiempos anárquicos incluso la humedad era traicionera.

Con Viviana queríamos viajar extensivamente: ser internacionales y ganar una medalla en las próximas olimpiadas… entendíamos con prolijidad que nuestros espíritus nos arrastrarían a una segura dimensión que no sería fantasmal o de trascendencia nula. Bullíamos por circular por regiones enteros, ver innumerables y excelentes ciudades, aunque tuviéramos que dormir en camas con colchones de hierro. Ratificábamos a las grandes fábulas, ya que todo ocurría en forma natural si fuéramos capaces de entender que los peligros en verdad nunca existieron (a lo sumo eran sorprendentes amalgamas, que por sí solos se descompondrían con sólo no concentrarnos en sus designios). Porque no había treces meses en un año: eran solo doce que, si uno se quedaba absorto y rogando al azar, se extinguirían. Y para los extraños fenómenos había una explicación maravillosa si lo cargábamos con las imprescindibles similitudes predicadas por el buen Darío. Habíamos aprendido a ponderar la poesía como la más útil de los artes, aunque la escasa racionalidad que sumaban las palabras nunca las harían infinitas.

Obteníamos los mismos resultados en mayo como en agosto, porque siempre incorporábamos las sugerencias de Darío Falopa; sus modos imperiosos, y sus cosechas de ideas y rectos desvaríos, nos llenaban con goces. Escuchábamos lo que nos decía ya que sus explicaciones eran la sangre que desde el corazón llenaba con oxígeno a nuestros cerebros. No seguíamos lógicas venales, sino a sus textuales enseñanzas que nos hacían autosuficientes sin la exigencia de hacer una mayor investigación. Y mirábamos alucinados y un poco enflaquecidos, a la pobre gente que nada sabía de Falopa, quien no acostumbraba mostrar en público a sus sonrisas ganadoras. Él nos enseñaba lo que necesitábamos aprender de la

historia y el arte (que a fin de cuentas eran lo mismo), y nos animaba con unas pocas y apresuradas frases que dejaba rodar por el piso para que fueran atrapadas por nuestras conciencias.

Era excusable cualquier cosa que hiciéramos, ya que la felicidad era consecuencia directa de nuestra exposición a Falopa. Cada semana esperábamos a que entrara nuevamente en escena. Ansiábamos su llegada, ya que nuestra prosperidad dependía de ese santo varón, y si por alguna desgracia no lo veíamos, nos rompíamos las manos pegando puñetazos a la pared. Nos alegrábamos cuando escuchábamos a sus pasos de discretas resonancias en los umbrales de nuestra vivienda. Él era la encrucijada que nos evitaba el hastío y la derrota.

Pero en aquellos claustrofóbicos días se engendraron infiernos que se agregaron a otros. Y terminábamos leyendo libros en cuyos índices ya se exponían mentiras, y sus siniestros capítulos nos obligaban a hacer grandes esfuerzos ya que dudábamos que reprodujeran alguna temática original. Esas narrativas era fantasías con que la gente se generalizaba al máximo, cuentos de genealogías dudosas, falaces suposiciones que se hacían de las Montañas, una hija que no tenía madre, pero la adoraba… Cada escrito tenía la fantasmagórica propuesta de frenar la lectura de otros libros, y ansiaba que algo ranciamente civilizado se nos hiciera pertinente. No había nada decoroso en leer, y nadie se propinó a sí mismo magníficos deleites recitando versos que mucho tomaban prestado de la locura. Incrédulo, comprendí que cada literatura tenía la zaparrastrosa ambición de crear amnesias en el lector, sacarlo del trajín diario para introducirlo en el absurdo, o desterrar su voluntad de la realidad con el fin de que se pierda en miles de líneas de oraciones muertas.

Presentíamos que los árboles crecían en nuestros cuerpos, y que habíamos plantado las estrellas que salían de noche sobre el jardín. Lo que nos rodeaba era un dichoso caos del que no existía tribunal que lo enjuiciara. Estábamos sometidos a tantas extrañezas, que asumimos que nos perfeccionaríamos a través de la ignorancia y que el desorden era una normativa insustituible. Así nos fuimos identificando con oscuros devenires y con la omnipotente polución que nos emanciparía. En cuestión de minutos sospechábamos de lo que decíamos, y cada palabra era forzosamente auditada por el otro. Con horror habíamos notado que perfilábamos valores opuestos. Los anteriores y amables principios de nuestra convivencia habían cesado, y cada uno quería apropiarse con dureza de la autoridad. Hacíamos desagradables tergiversaciones, nuestra afinidad cesó de ser afectuosa, y al final nos afincamos en separados sueños que nos impedían desarrollar un diálogo. Nos rebelábamos frente a nuestras extendidas mañas, y cada discusión era el pretexto para señalar lo malo que había en el otro.

Para Falopa aquello significó que habíamos obtenido la imponderable universalidad, ya que nadie ponía orden a nuestros valores que habían

tomado contacto con lo verdadero de nuestro ser. Finalmente éramos los genuinos intérpretes de nuestros destinos, hermanos de los dioses, y no unos tontos que andaban a la deriva. Él nos adoctrinaba que cuando los individuos no cumplían con las experiencias demandadas por la sociedad, era porque consiguieron ser ellos mismos, y centraban en sus personas a las leyes apasionadas, y se convertían en herederos forzosos de lo que no se ve, pero se percibe en el aire como algo más o menos avasallador. Y nos era imposible oponernos a sus brillantes discursos, ya que nos encaminaba por la buena senda al asegurarnos que la locura tenía su sello de legitimidad.

Con Darío Falopa adquirimos grandes incertidumbres y extraños presentimientos: Nos tirábamos en el mullido sillón, sosteniendo que nos estábamos hundiendo en las arenas. Hablábamos de paz interior, pero eso no disminuía la intensidad de nuestros gritos. Desmentíamos a lo que no nos resultaba grato como si fueran cuestiones ridículas. A los hechos, los definíamos de acuerdo a las diferidas precisiones de Falopa, por lo que estos pasaban a ser meros ideales más que referencias a lo real. Ningún orden era bienvenido, y cualquier cosa que se dijera era una ostentación. El mundo se complementaba a lo que decíamos para plantarle nuestra bandera de posesión, pero le dictaminábamos tantas distinciones que al final unos segundos después del último de nuestros susurros, no sabíamos lo que quedaba de este… sus aisladas piezas dejaban de coincidir, y aunque resultara refrescante esa degeneración de la unidad, nos negaba los arcaicos vínculos que habíamos mantenido con los objetos.

La falta de respeto con que se nos trataba, nos dejaba con la boca abierta y extrañados, y concluimos que esa incomprensión tenía múltiples fuentes y no querer ver eso era condenarse a la estrechez. Aprovechábamos a hacer raras predicciones con la meta de no dar lugar a nuevos tipos de disgregación. De la mañana a la tarde, nos adecuábamos sin estupor a la presencia de Falopa, y no mentíamos cuando le decíamos que nos estábamos saliendo de nuestras particularidades (también bajábamos los párpados porque nos molestaba el humo de sus cigarros). Entonces, proclamaba algo de su autoría como que en la fragilidad sólo hay la inmolación. “A esa frase la pulí en las metafísicas”, decía con la contumacia de un filósofo farsante. A veces se hacía notable la ausencia de coherentes estructuras semánticas en sus oraciones, de cualquier manera, juraba que seríamos guiados por la luz incluida en sus anexos anecdotarios, con el propósito de que fueran marcados las horas y los años en los que estábamos inmersos. Como siempre, lo que decía o resumía, contenía nexos religiosos que nunca habían sido enseñados, pacientes cantos, mares en donde navegar, y los procedimientos imprescindibles con los que se llevaban de vuelta los caballos al establo. El pasado desaparecía o era olvidado (es lo mismo), y los objetos nos transmitían historias que reemplazaban a las anteriores, y eran ejemplos que cada cosa tenía una ambición que se desconocía. Asimismo, estos nos hacían chanzas que ensuciaban a nuestras cabezas con polvos. Cada

ente insensible se preveía de parlamentos irracionales…. sólo era cuestión de mirarlos a los ojos (si no los tenían, había que dibujárselos con un atisbo de piedad.

Darío Falopa contagió a Viviana con sus feroces anhelos. La enriqueció con una sapiencia que iba más allá de lo inmediato; se denominó su querido amigo, aquel que no desdeñaba a esos escritos sin letras con que se inscribía la vida, y las pregonaba profecías célebres. Para él, el mundo era nada más que una forma de pensar, y declaraba haber tenido seguidores en todas las épocas porque había sobresalido de lo chato con una originalidad que nunca fue meramente estilística. Había causado asombro en quienes calculaban en sus conjuntos a las imágenes recibidas debido a que no habían sido educados en el temor. Gestionaba la "totalidad", a la que definía en forma fiable mientras se sentaba a gusto en el sillón. Falopa habitaba en espejos en que los rostros eran temas constantes, y postulaba que el armar proyectos era crearse heridas, y que no había que agudizar el dolor del presente diseminándolo con lo antojadizo del porvenir (tampoco hacer rodeos metafísicos con la idea de hallar lo que se creía inexpugnable).

Pronto aprovechó la irresolución de Viviana para toquetearla, y como parte de una tramoya incidental le exigió que traslade sus aspiraciones sensibles a porciones de su cuerpo… le dio permiso para hacerlo antes de que el gélido fuego de la luna le quemase las pestañas, con la premisa de que lo que existía más allá de los sentidos, era ilusorio. El engaño siempre fue la diligencia con que se movía el querido Falopa, y lo que le ofrecía un displicente horizonte. En esos tiempos supe que sentía envidia de mí y me detestaba; por causa de su interés en Viviana cortaría los lazos de nuestra sombría amistad.

Es conocido que a los árboles se los destruye para hacer leña, mientras que sus ramas persisten, hasta lo último, en el espejismo de tocar al cielo, y que, pese a caer en sucios costados quieren preservar a lo que creyeron perenne. Y al mal se lo recibe dentro del mismo lugar en el que se lo pretende comprender, y hasta el final, la vida induce a aferrarse a ella. Yo no quise ser más árbol, ni pájaro, ni mirar la luna como a una hermana enferma… y deseé desenmascarar los ideales anémicos. Por lo que me aboque a la ardua tarea de comprobar la existencia de lo real, aquello que estaba en las formas y en la relativa afinidad de los tonos del presente. En el momento en que Falopa se metió con Viviana decidí ser quien soy, dejando de lado a mi introspección que creía insoslayable.

Decidí rechazar a Falopa sin hacer adicionales aclaraciones. Sus enseñanzas no nos educaron ni tuvieron coherencia dentro de las cronologías. Me torné en un reaccionario cuando discutí la popularidad de Darío Falopa; prescindiría de su discurso nihilista sin desviar mi mirada del centro estable. Un juicioso proceso me llevó a presumir que el tiempo no me había degenerado, y que nadie tenía derecho a condenarme. Intenté

que los conceptos fundacionales de mi universo ya no se basaran en los cuentos de Falopa, ni en cualquier disparatada revisión que hiciese de sus narrativas. Decidí que no hubiera en mí vestigios de su cólera, ni la cercanía de su mal aliento, y por primera vez lancé un tartamudeo con el objeto de borrarlo de mi alma. Adopté un rol independiente, aunque Darío me acusó de montarle un complot, y estar convirtiéndome en alguien ajeno a su esencia, un producto más de lo chabacano que defraudaba a sus expectativas. "Al dejar de extraer placeres de la famosa piedra de la locura, te contraerás con amargos sentimientos de exilio", se explayó.

Al principio creí que iba a explotar, pero con el tiempo mi estrategia funcionó. Conformé una indisoluble opinión de mí mismo, sin crear arbitrarias metáforas cuyas existencias dependían del enloquecimiento de lo perceptible. Me fui cercando a la sanación con la manufacturación de lo que es común al hombre: el lenguaje con sus activos andamiajes de palabras. Comencé a emitirlas, uniéndolas en estructuras gramaticales, con la intención de que dejaran de ser repelentes vociferaciones. Las palabras me enraizaron a la vida como las raíces de un árbol a la tierra; a través de estas, las cosas adquirieron sus antiguas fisonomías y dejaron de preocuparme. Sobrias preguntas me surgieron cuando se fueron dando las condiciones para instaurar nuevos puntos de partida. ¿Cuáles eran las cuestiones grotescas, estúpidas, y limitadas, que salían de los delgados labios de Viviana, cuyas miradas incorporaron a los gruesos semicírculos que se extendían con por debajo de sus ojos? ¿Cómo me apartaría de la polémica rivalidad que me planteaba Falopa, quien encarrilaba hacia mí un desprecio profundo (a menudo interrumpía sus bravatas con el objeto de referirse al Hereje, al incumplidor de las esenciales normas)? ¿Por qué me asociaba con tantas tandas de tristezas y melancolías, cuando antes los misterios eran inagotables?

Procuré reintroducirme al mundo al que había acusado de no tener poesía, y al que negué autenticidad. Estaba dispuesto a someterme a sus puñaladas y autorizar sus caricias. En los días siguientes, me animé a calificar a Darío Falopa de loco frente a Viviana quién no hizo escándalos para defenderlo. Había logrado una rápida y efectiva victoria al pronunciar esa palabra, y negarle por primera vez su solicitada apreciación. Despegué mis labios sin hacer caso a sus amenazas de que todo caería, y en forma sutil y delicada, añadí testimonios que consolidaban mi extrañamiento sin aterrarme por su facha siniestra, ni temiendo que clavara en mí sus uñas… o que aullara, pidiéndome que también me transforme en un lobo. Viviana apoyó mi conspirativa esperanza de librarnos de ese personaje; nos pondríamos firmes, y no aceptaríamos que nos arrojara a la cara puñados de cóleras y nos escupiera con su voz. No nos vincularíamos con él, y a sus dilemas no los analizaríamos como propuestas venturosas. Sostuve convencido, que en él la piedad no existía y se trataba de una bestia.

Al no convocarlo más, supusimos que se aislaría en su torre de marfil llena de boatos, con el designio de originar lacónicas desviaciones en las mañanas y engaños durante los detalles de la noche; seguiría trastornando las nociones elementales de la gente, y luego justificaría lo que hizo en que no sentía ningún pesar. Las actividades de ese turbio hombre siempre habían obedecido a rarezas.

Con Viviana atravesamos esa frontera, aunque nos pisábamos a menudo y nos incrustábamos epítetos filosos. Ella no disipaba a los acabados odios que Falopa le había inspirado hacia mí. Se apasionaba frente a la indiferencia que demostraba mi silencio de infranqueable tumba, y me peleaba hasta el cansancio. Y era muy combativa porque a mis supuestas contravenciones les imprimía un signo mayor al de interrogación: el de la emergencia. En las paredes escribió oraciones con negras pinturas y mancilló al lado interno de una puerta.

Nos detestábamos, pero recién a la medianoche ensayábamos algunas disculpas… nos desacoplábamos en un corto lapso de las dudas absolutas con la angustiante esperanza de reconquistar lo perdido, y rescatar al otro de las frases hirientes. Refutábamos al vandalismo con que nos habíamos destruido como una visión equivocada del papel que debíamos jugar. Y nos comprometíamos a mantener medidas armoniosas en nuestra convivencia, sin amenazarnos más con maldades infalibles e incomunicables. Habíamos entendido que las agresiones con que nos refregábamos, estaban ligadas a los falseamientos de Falopa y a la peligrosa ansiedad que creaban sus ceremonias prohibidas. La ilusión de creer y el sabernos cobardes, también habían conspirado para que nos hiciéramos daño. Y las fábulas creadas en los albores del tiempo volvían para perturbarnos.

Muy de tanto en tanto me surgieron entusiasmos, que no eran tan intensos como cuándo contaba con la amistad de Falopa. Acumulaba obsesiones por tantos meses demorados, y supuse que estaba a punto de ser cazado por puntuales fantasmas… mi imaginación continuaba imantándome a un paisaje inexistente. Esas ideas que me hacían navegar por sospechosas costas, rompían mis lúcidos momentos de escrutinio. El resentido de Falopa seguía erizándome con sus malicias, y volví a oír a sus proclamas y panegíricos que nunca enrostraron sorbos de moderación. Temí aceptar de nuevo sus promesas y consagrarme a su culto, pero me dije que ese hombre ya no era un modelo, sino un embrujo al que no le daría más lugar, ya que no admitiría que hubiera brechas entre mis decisiones y la equidad que le imprimiría a mi accionar. No mezclaría a mi mundo con el de Darío Falopa, por lo que debía tomar distancias. Lo mejor sería que éste se aleje por sus desvariadas direcciones, se condense en la nada o se hiciera críptico.

Su ausencia y despedida se fundieron en el mismo acto. Temblando, se me caían las cosas… pero esos no fueron más que sustos, problemas que

no progresaron (salvo algunas excepciones que supe disimular). Mi experiencia con lo interpuesto a lo irreal se tradujo en una gran palidez en mis mejillas, amarillentos colores en mis dientes, convulsiones, lastimadas miradas llenas de pánico y congoja, y la sensación de resbalar en cualquier movimiento… o de ser empujado del balcón desde un tercer piso. Sentí que la humedad me estaba acorralando, y oí al registro muy fuerte de mis palpitaciones; en mi anatomía se multiplicaban los achaques.

Entonces volví a avisarle a Viviana que me iba a salir de este mundo miserable, porque había sostenido como si fuera una inexorable verdad, que una raya oceánica me estaba comiendo las uñas de los pies. Razoné que ese pez cizañero más bien estaba forjando en mí al prototipo del loco. Además, en un sueño me había visto caminando por el borde del abismo, que se correspondía con la calle de mi casa (que se desdoblaba con cada conmoción que me ocurría), y llegué hasta donde un cartel rezaba que todo comenzó así y terminaría en esa fétida forma. Decidí despertar, y comprobé que mi orgullo se había desvanecido, y estaba muy delgado y lloroso. Tal vez había observado al lugar en donde sería sepultada mi cordura y la locura comenzaría a tallar mi forma verdadera.

Curiosamente, mi disposición psicológica fue la de volver al paraíso pasatista de Darío Falopa, reencontrarme con él con el objeto de decirle que jamás dejaría de ser su fiel discípulo, y recostar mi cabeza sobre su pecho pidiéndole perdón. Pero cuestioné la eficiencia de mis sentidos, los inexactos enfoques de mi mente, y a las irrefrenables vorágines de mi cuerpo que terminaba poniéndose duro. No supe si me había puesto bajo mi propia vigilancia, o estaba llevando a cabo una sedición a favor de las ventajas de haber caído. Intenté no pensar en Darío Falopa, emborrachándome; llené mis tripas con el anheloso y ferviente alcohol que auspiciaba en los hombres voces severas junto con risotadas, que viraban de serias recomendaciones a plañideras burlas. Fui alguien bañado por el sudor, a quien se le concatenaban los despistados eructos con vómitos.

Entonces decidí quemar inciensos, y entrar en contacto con dioses crepusculares con el fin de que recombinaran los pensamientos que se me habían quebrado, y me dieran una suerte simétrica a sus dignidades. Estos que atesoraban purezas, desconocían a la oscuridad, y no se quemaban con el fuego, habían vivido por milenios en las cordilleras centrales de Asia, con el propósito de brindar a los hombres consustanciados con sus doctrinas, consuelos y basamentos en lo ideal. Observé sus representaciones, sus aspectos cambiantes, los velos absolutos que los resguardaban de los impertinentes, y como recaudaban las aguas de los mares con el objeto que de los cielos brotasen prístinas lluvias.

Pese a esos esfuerzos, las palabras de reconciliación que en alguna ocasión había farfullado Darío Falopa, seguían filtrándose en mis oídos. Eran invasivas, y estaban forradas con hierros que me laceraban. Pretendí deslumbrarme con sus escandalosas sanciones, y asumía con candidez que o hubiera pasado nada. Sus pedidos inducían a que volviera a admirar su arte del que había sido un fogoso tributario… lo mejor sería aislarme una jaula en donde haría rasantes vuelos. Aunque no estaba en persona, Falopa seguía andando por mi magra cotidianeidad, en la identificación que las negras tardes hacían en los cielos, y en algunos giros del lenguaje que cargaban con pestilencias. Su invitación era indeclinable: yo no tenía enfermedad alguna ni tendencia a enloquecer, y mi deber era abrirme a su benéfica obra, sus comentarios honorables, y sus profundos saberes que en instantes borraban a las lágrimas. Con él la noche dejaría de oscurecerse, y me alejaría del destino común y desgraciado.

Por fortuna recordé como me hablaban los muebles de mi casa, y se quejaban por mis malos tratos. Sofocados e irritados, me atribuían ser un irresponsable, o estar dentro de un aciago número de conspiradores. Argüían que era un necio, y por lo tanto me impugnaban o por lo menos me enseñarían a tener buenos modales. Habían moldeado a su diversidad de opiniones para que coexistieron en mi cabeza: sus desajustados retruécanos me corrían de abajo a arriba y de izquierda a derecha.

Viviana y yo nos sentábamos en el suelo, con las rodillas apoyadas en las del otro, esperando que no cayeran nuevas desgracias, o qué al fin encontráramos al método de nuestras vidas. Teníamos que prevalecer antes que una irracional volubilidad de fechas nos aniquilara. Insistíamos en la dinámica de pensar en lo que había que hacer a cada paso. Sin estupefacción estudiábamos cuales eran los límites, mientras sentíamos que Falopa seguía burlándose de nuestros esfuerzos. No nos erguíamos frente al espejo para observarnos, ni caminábamos por los senderos de afuera, apenas esperábamos que no llegara lo desconocido, y que el insomnio nos abandónese con el arribo del sueño. Sentíamos que la indolencia era la mayor de nuestras capacidades, esta nos sobrepasaba a pesar de nuestras intenciones de superación. Queríamos avanzar hacia algún lado, pero nos trivializaba la pesadez de nuestros cuerpos. Sufríamos por el olvido o la imposibilidad del recuerdo; no habíamos cesado de ser navegantes de los abismos que se afianzaban en la helada oscuridad.

Falopa jamás volvió a haraganear por mi casa porque lo había agarrado del cogote, arrojándolo hacia lo indefinido. Él, como si fuera un pacifista cruzó sus manos sobre su pecho, y me dijo que jamás me separaría realmente de quien le daba cuerda al reloj del tiempo. Me aseguró que en la sociedad había mucha hipocresía y que yo tenía suficiente antigüedad para saberlo. Igualmente lo empujé a lo inconexo sin resbalase en mi decisión. La dispersión de sus gestos no fueron un menor detalle: se agarró la cabeza con sus blandas manos, y me aseguró que la falta de

respeto con que lo reprendía, sería proporcional a mi aburrimiento. En ese momento lo vi como quién era: un polvoriento de ojos sesgados, cuyas palabras se enredaban con la toz. Su intrínseca naturaleza lo alejaba de lo humano. Por un buen rato, clavé mi vista en la calle larga y recta para cerciorarme de que se había tomado las de Caín.

Cuando lo eché de la casa, Darío Falopa no tuvo nada inteligente qué decir. No combinó a sus gestos con tonos dominantes en la voz. Alegó que se iría al exilio que era el veraz cielo de los iluminados. Miró hacia los costados esperando que en algún momento yo recuperase la razón. Al final (desde la vereda opuesta), me lanzó una indigna proclama que se centró en que cambiaría mi estado de ánimo; sabía del carácter deficitario y de las restricciones inherentes a mi tratamiento, y que cuando me cansara de ahogar los "certeros conocimientos", buscaría que él me otorgué una nueva revelación. Luego hizo un movimiento agitado con la mano similar al de un saludo, como una detestable manera de expresar su esperanza en un pronto reencuentro. Me dijo que se iría a Italia, a Florencia si no me equivoco… o a la deriva, con el designio de promover ambiciosos descubrimientos acerca de lo irreal, y encantar a la gente con las límpidas coordenadas del infierno…. sostuvo que la realidad se constituía fácilmente en una perfecta ficción, y que nunca nadie dijo que la primera fuera tan importante. Su deber era fragmentar más al mundo en el que nunca hubo algo que lo unificara. De todas formas, me dejó anotado en un papel a su número de teléfono, qué enseguida tiré al inodoro y de ahí se mitigó con los desagües cloacales. Lo que era basura se generalizó con lo que había dentro de los vertederos.

Entendí que romper al laberinto era el primer paso para la reconstrucción del mundo. Había cortado de raíz las superposiciones e interferencia de Falopa, y su reflejo pálido ya no sería urdido por el cristal de mi espejo. Como creo haber dicho, por bastante tiempo su bochornosa ausencia se sintió en los depuestos ambientes de la casa, y gimoteábamos por no encontrarlo. Nos decíamos que perdimos de vista a las ideas absolutas, y habíamos tratado con severidad y castigo a quien fue nuestro amable benefactor… y que por tirar al barranco al farol que nos guiaba nos rendimos al dominio de la oscuridad. Nuestra convivencia volvió a llenarse con tensos argumentos, y nuestra preferente actividad consistió en echarnos culpas. Pero, por suerte, nos aplomamos dentro de una precautoria estrategia que nos permitió ser pacientes (el hombre siempre quiso volver al pasado cuando se vio frente a los grandes desiertos).

Lo que después ocurrió fue sucesivo (todo lo es), porque nunca volvimos a pedir que nos rescate. Pasamos por un proceso de purificación que a pesar de nuestra incredulidad fue ganando terreno. Optamos por dejar qué el tiempo nos transporte, sin pretender determinar lo que vendría, ni cercenar en la mente los perímetros que cada día se arrogaría el

horizonte.

Fin